

la menor pequeñez, en la soledad de mi vida, me arranca lágrimas! Y recuerdo que Flaubert cuenta en su "Correspondencia," que varias veces atravesó él por idénticos períodos, lo que no me consuela; él lloraba por defecto de amor y yo por exceso. ¿Será necesidad la de ambos?

A la noche, el Ministro de Chile, que regresa á su país, invítame á comer con él y con el personal de la legación en el "Café de París; comida de confianza. Aprendo, entre otras cosas, que en Chile es cosa corriente y que revela distinción, el que los cónyuges entre sí y aún en la mayor intimidad, en vez de tutearse se hablen de usted.

1.º de abril—Los diarios de la mañana se quejan del comportamiento observado por jóvenes argentinos durante la Semana Santa que acaba de pasar, con las señoras y señoritas á las puertas de los templos.

Parece que se desmandaron en palabra y obra; que se permitieron decir palabrotas; que osaron tocarles las espaldas... Y á propósito de estos hechos,—por desgracia comunes en todos los países hispanos, á causa de la "herencia,"—algún periódico pregunta, y con razón, ¿qué opinará un extranjero cuando sepa que el año pasado y por motivo igual,—la licencia de unos cuantos indecentes,—tuvo que formarse una sociedad protectora de señoras?...

¡Vaya usted á saber lo que dirá!

6 de abril—Visito el nuevo edificio de las aguas corrientes en la calle de Río Bamba. Un palacio que ya quisieran para substituir su fea Casa Rosada,—léase, Casa de Gobierno. Ocupa una manza-

na y forma un inmueble suntuosísimo, el mejor de la República y con rival ninguno, dado su objeto, ni en Europa, ni en los mismos Estados Unidos. Luce, en sus cuatro fachadas, rejas doradas á fuego, y molduras de mayólica en sus ventanas, sin contar esculturas y relieves de alto precio. Diríase que alberga hadas, y nó, todos esos millones se han derrochado para que el flamante edificio albergue sólo enormes estanques de agua potable...

Es la última locura de la buena época de estos pródigos argentinos.

11 de abril—Terminado el capítulo XV de "Impresiones y Recuerdos," intitulado EN BUENOS AIRES. Lo leo en mi reunión martense de esta noche, delante de argentinos tan argentinos como Rafael Obligado, Carlos Vega Belgrano, Joaquín V. González, Ernesto Quesada, Martín Coronado, etc., porque no quiero que, mañana, las apreciaciones que en él hago resulten excesivas ó equivocadas.

Y el cóncil pleno, me lo aprueba sin observar nada en su contra.

17 de abril—Hoy concluí mi libro, y en el acto mismo tengo un disgusto.

El editor J. Peuser, que tan liberal se mostró cuando la impresión de "APARIENCIAS" y que hasta hace unos cuantos días aguardaba mis "IMPRESIONES Y RECUERDOS," anuentísimo á editarlos, manifiéstaseme algo reacio en la entrevista; me garantiza que perdió el dinero con "APARIENCIAS"... Aquello me contraría lo increíble y aclaro situaciones:

—Lo que quiere decir que no editaré Ud. mi libro...

—Nó, no tanto. Déme usted un par de días para reflexionarlo...

¡Qué descorazonado salgo de la tienda, al anochecer!... Es de balde forjarse ilusiones con respecto á España y su familia de Ultramar, en esto de pensar que el arte puede bastarse á sí mismo y sus cultores ir viviendo de lo que el arte produce.

En España y en la América Española, más en la América Española que en España ¡parece mentira!, no se medra si no de torero, de comerciante sin escrúpulos, de analfabeta ó de gobernante inmoral.

21 de abril—Peuser ni chista, lo que significa que "nones," que no editará el libro; lo editaré yo por mi cuenta.

Por la noche, al teatro Nacional, en el que María Tubau hace "La Charra" de Ceferino Palencia, su marido.

En el entreacto preséntanme á los dos, en el camarín de ella, muy concurrido de periodistas y gente de letras. El, Palencia, gordo, afeitado totalmente, como un actor, verboso, quejándose de la escasez de público, echando Madrid de menos, pidiendo informes sobre el camino más corto para México. María Tubau, en un crepúsculo de delicada belleza que aún persiste, como en la Patti, á fuerza de cuidado y afeites; con natural señorío en sus modales; fatigada por la pieza; contestándonos á todos con visible fastidio. La charla se generaliza, se arrastra, se vuelve común; se habla de la brusquedad de los acomodadores.

—No ha de ocupar uno á príncipes!—murmura la Tubau.

Y todos aprobamos, pero yo me despido.

Palencia, que en "La Charra" censura con grajeo y donaire lo afrancesado de la aristocracia madrileña, lo afrancesado de los teatros peninsulares, etc., en lugar de decir concurrente asfduo, ó

cosa que lo valga, dice "habitué," y me confiesa que sus hijos tienen una institutriz francesa; la confesión, á voces, riendo de su auto-inconsecuencia. Lo invito á casa, para mis martes.

22 de abril—Una mañana sanguinaria, cruel y salvajemente pintoresca, en los mataderos de la ciudad, á los que, contra mis hábitos y por no perder el espectáculo, lle-go desde las 8 en punto.

Colosal y horrible! Día á día sacrificanse más de un millar de vacas y terneras, y qué sé yo cuántos bueyes, carneros, cerdos, etc.; una cifra en proporción. Mares de sangre, cordilleras de carne. La faena es simple y siniestra, ligeramente primitiva.

Después de haber permanecido en un gran corral exterior, á raíz de su desembarco, la víspera en la noche, el día de su ejecución arcean las reses á un corral dentro de los mataderos, al que penetran en tropel, todas temblorosas, tristísimo el mirar casi humano de sus grandes ojos plácidos, lanzando á los aires, á los cielos y á los hombres, mugidos intensos, prolongados, en demanda de socorro ó de perdón, su admirable instinto indicándoles que van á ser sacrificadas... En aquella apretura fantástica de grupas, astas, hocicos húmedos y narices olfateantes, de orejas erectas, de colas que azota ajenos flancos nerviosos, que silban, por lo alto, á manera de látigo de clown de circo, ó se abaten en ancas vecinas, en próximos morrillos fuertes, miranse los distintos colores de las pieles, las cicatrices de los hierros bárbaros que indican pertenencia, mechas de cerdas bravías y enhiestas, manchones de otro color que resalta, barro de los caminos, briznas de yerba terciamente adheridas á los cueros, que evocan las dehesas, la libertad infinita de los campos despoblados... y sube, sube un polvo sofocante transmutado en

polvo de oro por la maravillosa alquimia solar; calor animal de sangre que hierve; desvanecido tufo á granja lejana, á establo tibio, á rocío de atardeceres y de auroras....

Cada ganadero posee un corral más pequeño, encima de cuyos tabiques divisorios se coloca, en pie, con el brazo extendido, para ir designando cuál res ha de ser la primera víctima, cuál la segunda, etc.

Un carnicero, abajo, con infalible puntería laza la res designada, y grita:

—¡Déle!!!....

Un chico á caballo, al oír el grito del carnicero, azuza con el rebenque su cabalgadura, que lleva atada al cincho del "recado," la extremidad del lazo. Al sentir el tirón, la res se debate, abre los remos, tropieza, dobla las rodillas, cae, lucha... pero el caballo sigue tirando, tirando,—en ocasiones es una pareja la que tira,—hasta que la res estrellada su testuz en el "brete." Así inmovilizada, atónita permanece un instante, más dilatada su nariz ante lo inminente del peligro, más erectas sus orejas... en tanto, el matarife, (matancero, decimos en México,) afila en la chaira su enorme cuchillo, y lo hunde dos ó tres veces en la médula de la bestia indefensa, que, como fulminada, los ojos espantosamente abiertos, se derrumba, aunque, por lo común, la arrastran en medio aún de las convulsiones de su agonía; una agonía de sér fuerte, con coces tremendas, con roncós mugidos sonoros... Sale, en seguida, á una "playa" extensa donde se le echan encima los desolladores, cuatro, cinco, seis por cada animal muerto ó moribundo, armados de cuchillos, desnudos los brazos, descalzos los pies, ó con bota hasta la rodilla, manos, ropas y rostros salpicados de una sangre cálida, que humea, que por los albañales al descubierto y construídos para ella,—porque la exportan luego de desecada (entiendo que en México nos

damos el lujo de desperdiciarla)—corre como un río, con siniestros glú glúes, con espumas escarlatas de hecatombe, y con un caudal no menor de 15,000 kilos....

Es una de entrañas, de cabezas, de cuerpos despedazados, que uno se marea, se le cansa la vista, le entran náuseas; por dondequiera domina el rojo, un rojo vivísimo, palpitante, líquido, sólido, en los suelos, en la atmósfera..... Como todos trabajan á la vez; como todos hunden cuchillos y dan hachazos, se apodera de uno el pánico; el piso, resbaladizo, obliga á buscar apoyos; se quisiera rogar que pararan por un minuto esa tarea de diario exterminio indispensable, para salvarse, para huir del sitio, para escapar de ese aroma estomagante, para no escuchar á los hombres que gritan: "¡Déle!!!..."; para no oír á las reses que mueren al ser asesinadas.

Dura esta faena desde las 3 hasta las 9 de la mañana, igual en verano que en invierno. A las 9 parte un sinnúmero de carros cargados, hacia los mercados y las carnicerías. Los matarifes, han concluído y se marchan tan tranquilos, tintos de sangre, poniéndose sus chaquetas, encendiendo sus cigarrillos. . . Y al verlos que se alejan, así, indiferentes y exterminadores, con sus luengas barbas fluviales,—la barba federal de la época de la "Mazorca,"—pienso en lo que me han contado argentinos serios, pienso en lo que he leído á este respecto, que tales hombres fueron los partidarios más decididos de Rosas, y palpo por qué el tirano se impuso por el terror: idólatras de temple tamaño, que cuentan por millares sus puñaladas certeras, que viven en perpétuo baño de sangre y vísceras, tienen que ser unos sufragantes y unos sostenes horribícos y ciegos.

.... Vi un detalle espeluznante: un pequeño desollador,—12 años á lo más,—abría una vaca, preñada de pocos meses, y le arrancó la placenta,

que allá fué á dar, con feto y todo, al montículo de inmundicias hacinadas; sin curarse de esa vida en germen, antes despreciándola junto á tanta muerte....

.... Por todas partes cuadros, ¡pero qué cuadros!....

Por los fondos del edificio, salimos á la calle. Ya lejos, aún percibíanse los desolados mugidos de las reses encorraladas, las reses en capilla que morirán mañana y que, presintiendo su fin, sin duda, encomiéndanse al azul de los cielos y al sol de otoño que melancólicamente las calienta por vez postrimera. . . .

Yo, el resto del día, con malestar físico, nervioso, el espectáculo magullándome mi sensibilidad y mi cerebro.

27 de abril—Cinco días de ansiedad grandísima. el Ministro Sánchez Azcona, mi jefe, muy grave del corazón. Noches en vela, días intranquilos, temiéndose de un momento á otro un desenlace funesto. Ayer, que amaneció hasta poco antes de las 6 una mañana lluviosa y triste, salí á la terraza, después de haber pasado en vela la noche toda, á contemplar el amanecer. Las azoteas se hallaban empapadas, chorreando agua; de una ventana, á lo lejos, sale luz de gas, amarillenta, que se desmaya conforme avanza la otra, la del día, y que acusa la existencia de alguien que trabaja ó de alguien que sufre. . . . ¿por qué no de alguien que duerme y que se olvidó de darle vuelta al mechero?

Invádenme pensamientos tétricos, de madrugadas análogas, de parientes enfermos y amigos muertos; recuerdo que ahora un año, velaba yo el cuerpo de un amigo joven y estimado, Alberto Casal Carranza; y me siento, por la primera vez desde que habito la Argentina, cobarde, algo nostálgico.

con un secreto anhelo de volar rumbo á México y refugiarme en los míos....

A la tarde, visito á Peuser, que me ha mandado una carta por la que resulto su deudor. Excúsase conmigo, no me cobra, sólo me demuestra que ha perdido el dinero con editar APARIENCIAS. No podrá editarme mi libro recién concluído, mi pobre libro que hace diez días bosteza de fastidio, prisioneró en un cajón de mi mesa, de no salir por ahí, á asustar críticos impotentes y lectores hipócritas. . . .

Determino imprimirlo por mi cuenta, después, en cuanto el Ministro se mejore y yo pueda consagrarme con calma al nacimiento y exhibición de mi tercer hijo. Qué remedio! imitemos á Zola, á los Goncourt, á Pérez Galdós; demos libro tras libro, que algo queda de ellos, y, al fin, triunfan de editores y de públicos y del mundo entero.

3 de mayo—Decidido á editar mi libro por cuenta propia, hoy entrego los originales en la imprenta de Coni é Hijos. Danme un buen papel y escojo un lindo tipo elzevirano. Prométenme concluir la impresión para fines de mes y que la obra me costará á razón de \$700.00 cada medio millar. Los veinticinco de lujo, en papel de Holanda, los pagaré aparte.

Un librero, Arnoldo Moen, ofréceme su nombre como editor, cobrándome por comisión el veinticinco por ciento; éi se encargará de la venta y de la entrega de ejemplares en las demás librerías. Acepto.

7 de mayo—Hoy corrijo las primeras pruebas de "Impresiones y Recuerdos."

8 de mayo—Al retirarme de la legación, rumbo á mi casa, oigo á mis espaldas un grito horrible, en plena calle; vuélvome y veo caer un hombre, víctima de ataque epiléptico. Es de noche; algunos transeuntes no osan acercársele porque sin duda creen que el grupo que formamos el atacado y yo, es el de dos hombres que riñen. Al fin viene la policía, y sigo mi camino, pero el resto de la noche no logro desterrar ese grito que llevo impreso en los oídos.

9 de mayo—Mi "martes," harto concurrido; se habla del próximo estreno del primer "Salón" argentino, en el Ateneo. Schiaffino, que concluyó ya mi retrato al óleo, presentará éste, juntamente con el de Carlos Vega Belgrano, también obra saya.

En el curso de la charla, Joaquín V. González, lanza una observación profundamente cierta.

—“No hay hombre ninguno que de cuando en cuando no sienta la nostalgia del prostíbulo.”

10 de mayo—“El Nacional” de esta ciudad, que está publicando una serie de REPORTAZGOS LITERARIOS, me envía esta noche la visita de uno de sus reporteros, pues parece que mi turno es llegado. El reportero es un joven Castellanos, contentáneo de Pérez Galdós.

En palique de dos horas conviértese la interview que ha de ver la luz el 15, y lo único que hemos sacado en limpio es que soy un querendón de España y un enamorado de la vida. Castellanos, por añadir algo, afirma que soy asimismo un revolucionario en literatura.

12 de mayo—Al llegar á casa, sorprendo á mi criado en dulces coloquios con una chiquilla des-

arrapada, en las tinieblas de la escalera sin iluminar todavía. Asústanse los dos, y la muchacha cree que su galán es hijo mío; de ahí que me ensarte una colección de disparates:

—“Perdóneme usted, señor, pero la culpa de esto la tiene el niño de usted... yo estoy muy resentida....”

La echo á la calle, y desde la acera, aún repite sin parar, accionando mucho:

—“Yo estoy muy resentida.... pero muy resentida...”

Para reconvenir á mi fámulo, apelo á una cómica seriedad ¿qué diablos voy á reprochar á un mocetón de dieciocho años, que disfruta de su juventud en donde puede?... Póngome muy serio, cual tutor de sainete, y él ofréceme que no se repetirá el amatorio suceso

No es el desliz de estos “golfos” lo que me ha interesado, nó; lo que ha llamado mi atención es que se delataran ellos mismos. Si me alegan parentesco ó alegan inocencia, los creo á pies juntillas; tan ajeno andaba yo de la verdad, por mucho que la tuviese en las narices! Y pienso en que ese riesgo corremos todos en una sorpresa, cuando la conciencia no se halla exenta de culpa: cantar de plano, olvidados de que aún habría manera de salvarse.

14 de mayo—¡Ah, la distancia!... Los periódicos que hoy vienen de México impónenme de que el 10. de marzo último murió allá Eduardo Iglesias, un primo hermano mío, de 32 ó 33 años.... En mi memoria surgen nuestros juegos de niños, en los inmensos patios de la Aduana, colmados de tercios de mercaderías; la Aduana,—de la que el padre de Eduardo era administrador cuando nuestra infancia —con su fisonomía conventual, con su guardia de “inválidos” en los dos zaguanes.

Resueltamente, vuélvome viejo, comienzan á marcharse los compañeros de niñez; los predilectos; comienza el paulatino abandono incontrastable. A cada viaje mío, dejo de ver para siempre muchos rostros caros. . . La memoria dió principio á su trisísima función de cementerio.

15 de mayo—De veras paso un buen rato con el gustazo que proporciono á mi criado dándole un billete para la función de esta noche en el teatro Nacional; los ojos se le encandilan y todo turbado confésame que “nunca ha ido á teatro ninguno, que ignora lo que deberá de hacer.” Lo alecciono y lo despacho; oigo que se desbarranca escaferas abajo, contentísimo; luego, siéntome á corregir pruebas de mi libro, que va á paso de carga.

17 de mayo—Vernissage en el “Salón” del Ateneo, ó como si dijéramos, primera representación de pieza nueva; y mi América, que es una ignorante de ese refinamiento europeo de las **premieres**, medio conocidas en lecturas, menos ha de saber la significación y alcance de un **vernissage**. Fuera de una docena de individuos, aquí en Buenos Aires nadie va á dígirir hoy por hoy el recién importado vocablo; pruébalo el silencio del público frente á la enormidad con que se da comienzo al suceso: se efectuará de noche! ¿En qué país se ha visto, ni puede verse, que los **vernissages** se lleven á cabo por la noche? ¿cómo va uno á imaginar que los artistas barnizarán sus cuadros (que es la ficción de la fiesta), á la luz de los mecheros de gas? Eduardo Sívori, el pintor, halla justa mi censura cuando se la comunico.

Con él y con Eduardo Schiaffino como en un restaurante italiano de la calle de la Defensa, intitulado “La Sonámbula;” un buen **pranzo**, pero despacha-

do á las volandas, nerviosísimos los dos pintores: Schiaffino por ser el presidente de la sección de Bellas Artes, ó del Jurado Calificador para la admisión de cuadros, y Sívori, por los recuerdos de sus **vernissages** en el “Salón” de París.

Tornamos al Ateneo, cuando aún no ha llegado nadie; á poco, preséntase Carlos Vega Belgrano,—padre y alma del Ateneo, en el que lleva gastado un dineral con desprendimiento á la Médicis, por quien esencialmente subsiste la incipiente asociación,—nos saluda, y todos, mozos y nosotros encendemos las luces de las dos salas.

Luego, el público, escaso, algunas señoras. El Presidente de la República, el Vicepresidente y los Ministros no asisten ni envían la más pequeña excusa ¿qué mejor biografía? . . .

Entre los cuadros expuestos por Schiaffino, descuellan el retrato de Vega Belgrano y el retrato mío.

Después de la media noche, la fiesta ya concluída, nos encaminamos los íntimos á la Cervecería Alemana, donde Sívori, al saber que me hallo en vísperas de abandonar la Argentina, ofréceme de recuerdo un cuadro suyo.

23 de mayo—5 grados centígrado. Enciendo mi chimenea por primera vez en este invierno, y la reunión,—es martes,—se realiza junto al fuego; canapé, sillones y sillas amontonados frente á las brasas.

7 de junio.—Esta tarde me fugo por unos instantes de la legación, en la que estoy instalado desde el 5 á consecuencia de la gravedad de mi jefe, para recibir en la imprenta los primeros ejemplares de mi libro “Impresiones y Recuerdos,” aparecido hoy. Y que no sé vencerme. . . el volumen que exami-

no y disimuladamente acariño, oliente á libro nuevo, me produce la misma dulcísima emoción que me produjo "Del Natural," allá en Guatemala, y que "Apariencias" me proporcionó hace un año aquí...

Tipográficamente, "Impresiones y Recuerdos" no deja nada que desear, no lo harían mejor en París.

10 de junio—Después de almorzar, al Ministerio de Relaciones Exteriores donde el nuevo Ministro recibe por la primera vez al Cuerpo diplomático. El Ministro es Miguel Cané, buen literato argentino, autor de dos obras muy leídas: "En viaje" y "Juvenilia." Muéstraseme muy benévolo, lamenta el que dentro de poco nos retire el Gobierno de México, asegúrame que en cierta ocasión estuvo á punto de visitar mi tierra como plenipotenciario de la suya, á raíz de su permanencia en Colombia.

—¿Y sabe usted por qué no llegué á ir?

—¿ ?

—Pues porque necesitaba hacerme ropa en Europa, la de Colombia es imposible, y en Europa me dió alcance mi nombramiento para Alemania.

Borra en seguida su sátira hablándome con positivo cariño de Colombia y de Venezuela; guarda de entrambas los más gratos recuerdos.

11 de junio—Enseñanme, en la calle, una curiosidad bonaerense. Es una vieja, muy vieja y muy rica; ignorante de los años y de las casas que posee; sin parientes ni amigos, pero con una salud de hierro y un vicio que la esclaviza: prendarse de cuanto mozo de cuerda—"changador" en habla de acá,—carrero ó masculino fuerte y basto encuentra á su paso. Les hace la corte, corte bestial, con liberales presentes en dinero é insaciables exigencias de ninfomaniaca, hasta que ellos ceden por mor de las monedas, y aunque con ascos y repugnancias,

la complacen toda una tarde, en algún casuco lejano y solitario.

Es horrible la tal, va enlutada, y durante unos minutos la observo á mi sabor, dentro del tranvía. Hay en su rostro algo de simiesco.

12 de junio—Eduardo López Bago, el novelista ibero propietario y director del incisivo semanario ilustrado "La Caricatura," preséntaseme á darme su enhorabuena á propósito de mi libro, que acaba de leer. Pídeme en seguida mi fotografía para reproducirla en su semanario; y tantas mercedes alármanme, sin que tenga razón sólida en qué apoyar tal alarma.

13 de junio—El diario vespertino "Tribuna" me propina en su número de hoy una dura lección inolvidable, censurando que en el prólogo-dedicatoria de mis "Impresiones y Recuerdos," se me haya escapado grave disparate. Y lo peor es que el crítico, sea quien fuere, tiene razón, cuando dice: "... siendo lástima que en la dedicatoria, en la "primera página del libro, se encuentre un error "inconcebible é imperdonable en un académico. Allá "ríen á mano armada un tú y un ustedes pugnando por arrojarse mutuamente de aquel lugar, y con "sobrada razón, porque huelga el primero ó huelga "el segundo..."

Al pronto,—soy tan humano como el que más,— me duele la censura, me duele porque es justísima, porque de nada me sirve alegarme que en la América goda no hay quien trate á sus hermanos de "vosotros," porque se me figura que el crítico lo que ha querido es procurarme este mal rato y esta bilis. . . .

. . . pero luego, la reflexión se impone; pequé y pequé garrafalmente, sin nada que pueda absolver-

me, pues podremos tratar á nuestros hermanos como mejor nos plazca, pero los inmutables tiempos del verbo, son, para el plural: "nosotros, VOSOTROS y ellos." No está bien, pues, que un escritor profesional, cual yo me pido de serlo, incurra en yerros tan grandes ¿qué se deja para los no-profesionales? Nuestro deber ineludible es, ó debiera ser, depurar el habla de nuestros cortijos respectivos y acercarla lo más que individualmente podamos al nivel de la castiza de los escritores iberos contemporáneos, (dos, tres y vuela. . .) dignos del nombre de maestros. Sólo estamos obligados á no sacrificar éstos y otros idiotismos que imprimen tanto carácter regional, cuando copiamos el hablar de nuestros personajes, mas nunca cuando nosotros mismos hablemos ó escribamos.

17 de junio—Peor mi jefe, cada día peor, con riesgos de morir de un momento á otro. . . Hasta el médico desespera. . .

De tanto contemplar la amante abnegación con que lo atiende su esposa, llego á concluir que en el fondo de toda mujer buena existe una hermana de la caridad. . . .

Y para mí, la Hermana de la Caridad ha sido, después de mi madre, la santidad hecha mujer y la mujer más respetable.

Dentro de pocos días me han de llevar á ver un físico en su último período, y desde antenoche leo al acostarme un tratado sobre tuberculosis pulmonar; son preparativos para mi libro próximo.

¿Con qué dinero nos indemnizará el público, este desgaste de nuestra sensibilidad? . . . Pues con un par de duros, cuando bien nos vaya.

19 de junio—Cumplió López Bago su ofrecimiento, y, á pesar de lo mucho malo que me habían dicho por su cuenta, no sólo nada me ha sacado, sino que hasta los varios ejemplares que mandé á pedirle, me los ha enviado gratis.

Leopoldo Díaz,—que por cierto me dedicó una composición bellísima en el último número de la "Ilustración Sud-Americana,"—viene á avisarme que en "El Argentino" de esta tarde me arriman una señora paliza por causa de mis "Impresiones y Recuerdos."

21 de junio—Todavía en la cama, al entrarme el té, entra el número de "El Argentino" de ayer. Medio incorporado sobre las almohadas, en el tibio calor de las sábanas,—afirmame mi criado que hoy hace mucho frío,—me echo al colete dos columnas de impropiedades y de insolencias que me dispara un señor "L. R. F.," so pretexto de juzgar mi libro. Es el juicio tan virulento y tan intemperante, que se me figura tomar, en vez del acostumbrado baño de agua fresca y pura que tomo todas las mañanas, un baño de aguas inmundas que un portero torpe me propinara al verter su balde en la mitad del arroyo. . . .

Esta crítica sí que me subleva, á diferencia de la de días atrás que me humilló; esta otra, nó; esta otra es crítica de mercado, de persona ordinaria que únicamente enseña lo que el prudente Alonso Quijano tanto recomendó al futuro gobernador de Barataria que no enseñara:—"La hilaza de que los tales están formados. . . ."

Ello, no obstante, qué amargo dejo se me viene á la boca! cuánto desaliento! qué ganas de desquitarme, de golpear á mi vez! Indudablemente, un caballo de la calle es harto más irresponsable que un crítico anónimo, y, sin embargo, sus cascos

pueden herirnos, y hacernos guardar cama, y obligarnos á derramar llanto, en la sombra....

Para distraerme y cual justa compensación, salgo á vagar y á comprarle un collar nuevo á mi perro "Gaucho," que ya lo há menester y que es acreedor á ésta y otra porción de atenciones, más que un millonaje de personas que yo me sé....

Hay días aciagos. A mi regreso á la legación me entregan correspondencia oficial de México.

—Vaya,—me digo, mientras rasgo las cubiertas,—aquí ha de venir mi nombramiento para otra residencia, supuesta la supresión de la legación en la Argentina.

En lugar del nombramiento, lo que arriba es mi patente de cesantía; el Gobierno me da las gracias por mis servicios hasta esta fecha, me anuncia el envío de mis viáticos de retorno, y me "reitera su atenta consideración...."

Es formidable el derrumbamiento... ¡qué le vamos á hacer, ni qué podría yo hacerle!... Acuéstome sin sueño, mirando, en las sombras, una porción de visiones ingratas: la vuelta á la lucha, habrá que volver á andar lo andado ¡ay! con tantísimo trabajo, con esperanza tantísima... miro mi humilde labor literaria, interrumpida, mancada quizás... y los renglones irónicos de la despiadada fórmula ministerial llénanme de espanto, se apagan y se iluminan, como relámpagos, en la tiniebla de mi estancia muda:

—"... el Señor Presidente dispone que cese usted en ese empleo y que se le den las debidas gracias por los buenos servicios...."

Y como me siento inocente, de veras, sin la mínima responsabilidad ni culpa, tengo que sofocar las protestas que se me suben á los labios, y á los ojos, abusando de que mi cuarto está á oscuras...

22 de junio—"La Ilustración Sud-Americana" salida hoy, préstame, sin saberlo, muy señalado servicio, reproduciendo con un puñado de alabanzas uno de los capítulos de "Impresiones y Recuerdos."

24 de junio—Algo por hacer: una novela intensa, filosófica, interesantísima. La historia de una familia enriquecida cuando nuestras famosas leyes republicanas de "desamortización y nacionalización de bienes eclesiásticos." Viéneme la idea por lo que me narran acerca de una de nuestras más encumbradas familias de hoy, en México, cuyo ancestro legó millones á sus herederos, á fuerza de denuncios de bienes "de manos muertas." Y yo conozco á casi todos los herederos, de los cuales, tres varones y dos hembras nada menos, se han incorporado ya á nuestra aristocracia.

25 de junio—Francisco P...., viene por la noche á buscarme en la legación para llevarme á que conozca á su hijo recién nacido; hijo ilegítimo, que hubo en su querida, y al que están por enviar al campo, á la casa de la nodriza que le hallen, á fin de que la madre pueda negar el alumbramiento.

Mientras dura nuestra caminata, mientras el coche de alquiler que nos conduce corta con trabajos la espesa niebla de las calles que enturbia la luz de los faroles como para cometer alguna mala acción, Pancho y yo hablamos apenas, preocupados en el asunto que nos reúne,—aunque cada cual preocupado á su manera.

Después de mucho caminar, llegamos al fin; llama Pancho, en el acto abren, y penetramos en una casita de escasos muebles, con un "cardenal," en la sala, dentro de su jaula, que se despierta azorado y aletea en su cárcel. Hay, además, cortinas azules, en las ventanas; un canapé y dos butacas cubiertas con

fundas blancas...., Una sirvienta, agraciada, en pie junto á una consola, casi tan azorada como el "cardenal," nos contempla y determina.... Nada que imprima carácter, nada firme en seres y cosas; todo frío y transitorio, cual siempre resultan los nidos irregulares, mezcla de cuartos de cómicos y de cuartos en los que acabara de registrarse alguna catástrofe.

Pasamos al dormitorio; una cama matrimonial, á los medios, y dentro de ésta, la madre y el recién nacido; amparada en la penumbra, la nodriza, que llegó de su pueblo no hace una hora. Nos sirven té. Pancho, háceme ver á su hijo, con mucho de melancolía envolviendo las palabras en broma con que la presentación se lleva á cabo.

Yo he quedado en ser el padrino de la criatura, pero bajo nombre supuesto; y tamaña falsedad, y lo que estoy presenciando me acongojan el espíritu; traénme ráfagas de moral olvidada,—la que de chiquillos nos inculcan y no se pierde del todo, por fuertes que sean nuestras borrascas internas y posteriores. Hasta me acometen anhelos de casarme, de tener hijos y hogar y dicha, si es que ésta se alcanza con el hogar y con los hijos. Por dos ó tres ocasiones, asáltame la tentación de volverme sacerdote, sí, señor, sacerdote! y me alarmo de veras, como si me palpara en las lides del desequilibrio cerebral....

26 de junio—Un mexicano, Alberto Palacios, después de una teatral odisea por Centro y Suramérica, ha venido á recalar en Buenos Aires con la compañía de zarzuela del barítono Palou,—que mucho trabajó en México al lado de Isidoro Pastor,—en bancarrota últimamente. Nárrame Palacios su calvario con no poco gracejo y con muchedumbre de giros y locuciones genuinamente mexicanas, de la ciudad de México, con la tonada peculiar de la gen-

te de mi tierra; me ruega que conmigo lo lleve, aunque sea de criado, en mi próximo y probable viaje.

Lo único que le prometo es su repatriación, y el pobre, mal me da las gracias por causa de las lágrimas que pugnan por salirse de los ojos.

En mis supersticiones de artista, siempre he creído que las gratitudes así, como ésta, las que de casualidad nacen, son las que nos traen buena sombra.

A pesar de mi situación de ánimo, esta noche he concluido la primera hoja manuscrita de mi novela en preparación "Suprema Ley."

28 de junio.—Muy triste mi "martes," sólo tres contertulios, porque en el teatro de Onrubia, efectúase hoy la 4a. representación del drama de Martín Coronado, "Cortar por lo más delgado," y los productos los cederá la empresa al mismo Coronado. Y todos nosotros, los del grupo, quisimos concurrir; los amigos están allá, aplaudiendo; yo, nó, porque no debo ausentarme de mi pobre jefe Sánchez Azcona, que peléa con la muerte todos los instantes que trabajosa y dolorosamente va viviendo....

30 de junio—Hoy debía de haber sido en el Ministerio de Relaciones Exteriores de aquí, la recepción del Cuerpo diplomático por el nuevo Ministro, sucesor de Cané y el 5o. ó 6o. de la serie que en menos de seis meses ha poseído unos cuantos segundos aquella cartera. A las 2 de la tarde, un correo de á caballo reparte contra-orden: el Ministro no podrá recibirnos... sin duda está por dimitir!.... ¡Pobre Argentina! Affige verla presa de su ad-